





# LOS BARBUDOS

por ANTONIO ORTEGA

NO hacía una hora que habían penetrado en La Habana —humildes, silenciosos, casi como pidiendo perdón por haber venido—, cuando por las pantallas de televisión comenzó a desfilar el más curioso ejército que jamás hubieran presenciado los habaneros. No lucían vistosos uniformes abrumados de sonoras y rutilantes condecoraciones, sino trajes ripiados sobre los que brillaban pequeños crucifijos y escapularios. No marcaban el paso ni les precedía fanfarria militar alguna. Daban la sensación de que apenas sabían llevarse la mano a la sien y pegar sonoros *aconazos*, en ese gesto tan apreciado por todos los sargentos de todos los ejércitos del mundo. Parecían torpes y desmañados. Los más absurdos y dispares sombreros cubrían sus cabezas peludas. Portaban con firmeza —con una tierna firmeza cariñosa— las armas más disímiles. Una sola cosa les unificaba: las barbas. ¡Estupendas barbas! A veces creíamos hallarnos en una reunión de mormones en Salt Lake City. O frente a un grupo de mineros en Alaska. O delante de una misión de cuáqueros recién desembarcada de Inglaterra. O presenciando una convención de rabinos preocupada por el destino de Israel. Pero no eran nada de esto. Para los redactores de los partes oficiales del Ejército de Batista, no eran otra cosa que unas partidas de "cuatros", un atajo de "asesinos", una manada de "comunistas", un reducido grupo de "forajidos"... Para el resto de los cubanos eran... ¡los barbudos!

Fue así como La Habana vio por primera vez, en carne y hueso, a estos seres extraños que parecían haberse escapado en un cohete sideral de uno de esos hipotéticos planetas de las narraciones de ciencia-ficción. Y sin embargo, no eran otra cosa que cubanos de las Sierras; de la Sierra Maestra, de la Sierra Cristal, de la Sierra del Escambray...

Fue un hermoso espectáculo. La Habana —debe decirse— se sintió avergonzada hasta las lágrimas ante aquel espectáculo inesperado. Avergonzada y orgullosa. Tras siete años de una estúpida, bárbara y cobarde tiranía, unos cubanos alvidados venían a recordarnos que el temple de la raza no se había agitado en lo más íntimo de la conciencia nacional. Que Cuba no era patrimonio de un hombre —"Este es el hombre"—, sino de muchos hombres. Y de muchos hombres con barba; con barba en la cara y en el corazón, como lo fueron Agramonte y Maceo y Martí y Quintín Banderas... La Habana se sintió orgullosa de pertenecer al mismo país en donde habían nacido estos "marciales" de las Sierras.

La mayor parte de ellos hablaban con ese suave y melódico *cantío* de los hombres de la región oriental. Eran en su mayor parte guajiros, guajiros incultos porque nunca nadie se preocupó de enseñarles nada. Tal vez no supieran expresarse muy bien, pero decían cosas maravillosas, cosas de esas que suben el corazón al cuello y ponen lágrimas de alegría en los ojos. Tal aquel muchacho mulato —no sé ni su nombre— para quien su deseo, una vez terminada la pelea, era dejar el fusil lo antes posible y retornar a su pueblecito para dedicarse a su trabajo de secretario del juzgado, "si es que está vacante mi puesto todavía". O aquel otro al que un locutor demasiado locuaz y guataca ensalzaba diciéndole que él y sus compañeros jamás habían retrocedido ante el enemigo; a lo que respondió humildemente el barbudo: —"No crea, también nosotros dábamos *pa tras* a veces; sobre todo cuando nos echaban encima los *tanquesitos*..." O aquel otro que contaba, riéndose de su miedo ante los aviones, cómo para huir del ametrallamiento de uno de ellos se pasó toda una

tarde "dándole vueltas a una seiba". O el de más allá —48 años, lengua barba ya canosa, cuatro hijos— que decía que "se había *subío* a la Sierra para demostrar a los muchachos que los viejos también podían pelear por la libertad de Cuba". O aquel de Jicotea que, generoso y orgulloso, perdonaba a su pueblo natal que sólo hubiera dado un hombre para la revolución: él mismo. Etc., etc.

Sí, una cosa los unificaba: su barba; pero también su mirar. Su sano mirar hecho a base de sencillez, humildad e inocencia. Tal vez no supieran muchas cosas, pero "tenían sentido", como dijo uno de ellos. Tenían el sentido de las cosas verdaderamente importantes y sin las cuales nada valen las casas de cuarenta pisos de La Habana y los lujosos cabarets y las mujeres hermosas y las máquinas relucientes y el Capitolio Nacional incluso. Tenían *sentido* de la libertad y *sentido* de la patria. Tenían *sentido* de la dignidad humana. Por eso ganaron.

¡Y cómo ganaron! Estas partidas de "cuatros y forajidos" vencieron cara a cara, en los llanos, a uno de los núcleos militares mejor armados de la América Latina. En los llanos y en las montañas, de donde los querían hacer bajar al principio y de donde al fin bajaron. Batieron a ese ejército con toda su sencillez, humildad e inocencia; que estas tres cualidades no excluyen el valor, sino que lo dignifican. El "Hombre" —"Este es el hombre"— que huyó con tal premura, que dejó abandonados a su suerte a la mayor parte de sus servidores, trató de justificar su derrota a manos de estos "doce cuatros" diciendo que, "en un principio, Castro sólo atacaba a la Guardia Rural, no adiestrada en tácticas guerrilleras, y que luego, cuando los revolucionarios hicieron frente al grueso del ejército, ya contaban con equipos superiores a los de éste, equipos que los rebeldes recibían continuamente, en tanto que el Gobierno carecía de medios de adquisición de armamentos". Este fue el último parte oficial del ex-dictador, tan veraz como todos aquellos otros en los que indefectiblemente se nos anunciaba que "se habían causado "aproximadamente" doscientos ocho bajas a los rebeldes, mientras que el ejército sólo había tenido que lamentar un soldado herido en un dedo". Para el ex dictador Batista, a lo que parece, los tanques y los aviones utilizados en las Villas, habían sido adquiridos por el Sr. Castro, tal vez en Rusia. O en la China comunista, según se colige de aquel otro inefable parte oficial en el que se anunciaba que se había cogido a los rebeldes una bandera de la China comunista.

Los soldados de la Revolución seguían desfilando por las pantallas de los televisores; con sus barbas profusas, con sus largas melenas, con sus fusiles bien apretados entre las manos. Eran hombres sencillos y recios; humildes pero conscientes de sus derechos; inocentes, pero no ilusos. Tenían la razón de su parte y pudieron imponerla. Sabían vencer y convencer. Fueron generosos en la victoria: Blandos con los débiles y justos con los criminales. Ahí están; son la cantera viva de Cuba. Mientras haya hombres así, los cubanos pueden sentirse orgullosos de haber nacido en este pedazo de tierra anclado en el Caribe. Hombres que, ganada una revolución contra una pandilla de feroces gangsters encaramados en el poder, desahogaron toda su justificada ira destruyendo a mandarrazos las máquinas tragapapeles o poniendo en libertad —como hizo el comandante Camilo Cienfuegos— a unos pájaros que el señor Batista tenía encerrados en una jaula en su residencia de la Ciudad Militar.